

Rebeca Sanmartín Bastida (2019): *La mujer lectora: el mito del siglo XIX*, Madrid, Archivos Vola, 103 pp. ISBN: 978-84-949485-7-2

Recibido: 27/04/2021

Aceptado: 12/05/2021

Junto a numerosos trabajos previos elaborados por Rebeca Sanmartín Bastida, la presente publicación ocupa un lugar fundamental en el nutrido espacio consagrado al estudio de la cultura del siglo XIX. Se trata de una obra rigurosa y divulgativa en la que realiza un exhaustivo análisis de la mujer lectora, siendo esta uno de los motivos que, tal y como puede apreciarse en las distintas manifestaciones artístico-literarias en las que fue representada, refleja buena parte de las inquietudes de la época.

En el marco de la observación anterior, cabe decir que el volumen comienza con un capítulo introductorio, «La mujer lectora: el mito del siglo XIX», en el que la autora persigue dos objetivos. Por un lado, explica cómo la imagen de la mujer lectora acabó adquiriendo categoría de “mito” ya que, según los escritores o los pintores que la abordaron, se definió a partir de la segunda, de la tercera y de la cuarta acepción que para este término propone el *Diccionario de la Real Academia Española*: «historia ficticia o personaje literario y artístico que encarna algún aspecto universal de la condición humana», «persona o cosa rodeada de extraordinaria admiración y estima» y «persona o cosa a la que se le atribuyen cualidades o excelencias que no tiene». Por otro lado, enuncia los contenidos en los que se basa para relatar la conformación de dicho mito y que desarrolla en los cuatro capítulos sucesivos, esto es, la aparición de la lectura en silencio; el esbozo de la posición que ocupa la mujer del siglo XIX en el mundo occidental, concretamente las escritoras, las pintoras y las lectoras; el tratamiento de la figura de la mujer lectora en los grabados y en las pinturas finiseculares de los autores ilustrados, para lo que toma como punto de partida el artículo «La imagen de la mujer lectora en la segunda mitad del siglo XIX: *La Ilustración española y americana* y el *Harper's weekly*» (2002) que escribió junto a M.^a Dolores Bastida de la Calle; y el modo en que la mencionada figura se presenta en los textos literarios del Realismo.

Como bien es sabido, la cultura de una sociedad queda retratada a partir del conjunto de actividades y de costumbres que en ella se articulan. A este respecto, Sanmartín Bastida señala en el primer capítulo, «La lectura: ritual revolucionario», que la lectura en silencio, pese a que se había producido en algunos claustros y cortes medievales, constituyó una auténtica innovación cultural en el siglo XVIII por ser en este período cuando se intensificó. Asimismo, sostiene que la práctica de leer de forma individual se consideró un acto aún más revolucionario en el caso de la población femenina, debido a que fue en la centuria decimonónica cuando tuvo un acceso sin precedentes a las letras, lo cual quedó plasmado en los libros y en los cuadros que se crearon en el momento. Sin embargo, aclara que la imagen

de la mujeres con una novela entre las manos estuvo atravesada por la ambigüedad pues, si bien no puede negarse que su representación se hizo posible gracias a la influencia social que ejerció el feminismo incipiente, en muchas ocasiones respondió al propósito de subrayar el efecto nocivo que podía provocar en ellas y, por ende, en el orden social.

Tras esclarecer el acercamiento que las mujeres tuvieron con los libros, indica en el segundo capítulo, «La mujer en la literatura y en las artes del siglo XIX», los dos motivos que lo propiciaron. De esta manera, empieza exponiendo que una de las reformas que se consideró primordial entonces fue la de estimular la instrucción femenina. No obstante, tal reforma pretendió únicamente fomentar la educación de los hijos a través de sus madres, por lo que se intentó limitar sus lecturas y se circunscribieron al ámbito del hogar: «El hecho de que la lectura se produzca en un ambiente doméstico nos recuerda que se consideraba “no natural” que el género femenino desarrollara su actividad fuera de esta esfera» (p. 39). Frente a ello, da cuenta de que a partir de la segunda mitad del siglo XIX surgieron múltiples asociaciones y clubs que permitieron no solo que las mujeres se aproximaran a las letras más allá de la esfera privada, sino que se generara entre las mismas un sentimiento de comunidad basado en el apoyo y en el interés mutuo, como prueban las cartas que redactaron Angela Grassi, Carolina Coronado, Robustiana Armiño, Vicenta García Miranda o Encarnación Calero de los Ríos. En este sentido, precisa que el resultado inmediato de este panorama fue la gran cantidad de pintoras y escritoras que se dieron a conocer en esos años, las cuales, a pesar de ser denostadas por sus profesiones, mostraron su disconformidad y lucharon contra el modelo vigente de «ángel del hogar» (p. 15) que la sociedad incentivaba a escoger. Para ejemplificar esto último, la autora recurre a los testimonios que nos han llegado de Emilia Pardo Bazán, quien criticó en el Congreso Pedagógico de 1892 que a la mujer no se le otorgara un destino propio y en el prólogo a *Los Pazos de Ulloa* (1886) que, a diferencia del hombre, no pudiera asistir a la escuela y a la universidad, viéndose obligada a ser autodidacta.

En el tercer capítulo, «Recapitulando las visiones de la mujer lectora en el XIX», estudia la iconografía sobre las lectoras. Para ello, se centra en obras de Henri Fantin-Latour, James Abbott McNeill Whistler, Edouard Manet, John Melhuish Strudwick, Berthe Morisot, Mary Cassatt y Carl Vilhelm Holsoe, que pueden consultarse en el propio volumen. Sin embargo, antes de examinarlas, advierte que es necesario atender a dos cuestiones. Primero, anima al lector a no interpretar las pinturas y los grabados desde la óptica de la represión o de la liberación, sino comprendiendo el código de gestos y el estilo de comportamiento burgués que operaban en ellos: «Todos los esfuerzos por escribir y dibujar el rito de la mujer leyendo (tan numerosos) se presentan bajo una concreta luz, la del “equilibrio”: a la imagen de la mujer y el libro se la domestica, se le impone unos límites, se la explica en un encorsetado marco» (p. 50). Segundo, asegura que el análisis de cada cuadro no debe reducirse a la determinación del género del autor, pues «Las pintoras contribuyeron tanto como los artistas masculinos a la creación de la mujer lectora. También ellas suavizaron el rito revolucionario y la autonomía ganada» (p. 52). Posteriormente, documenta que la mayoría de las imágenes de mujeres leyendo estuvieron rodeadas de retórica y fantasía dado el recelo que causaban. Entre ellas destaca: mujeres que leen de manera pasiva mientras realizan tareas domésticas (*Una novela amena, Harper's weekly*, 21 de abril de 1877); mujeres que consultan libros

durante la noche para no descuidar sus obligaciones (James Abbott McNeill Whistler, *Leyendo a la luz de la lámpara*, c. 1859); mujeres que leen en un parque, pudiendo ser interpoladas por un hombre (Berthe Morisot, *Leyendo con un paraguas verde*, 1873); mujeres que recitan libros en voz alta para que las escuchen sus descendientes (Mary Cassatt, *Mrs. Cassatt leyendo a sus nietos*, 1880); entre otras. En esta línea, termina el capítulo con lo que consideramos una de las ideas capitales del trabajo, es decir, haciendo hincapié en el hecho de que, al margen del modo en que se plasmara, la imagen de la población femenina leyendo fue siempre un medio de control inconsciente, ya que la mujer, mientras lee, no solo aprehende, sino que recibe.

Finalmente, en el cuarto capítulo, «El Realismo y la mujer lectora», manifiesta que, dada la inquietud que propiciaba la vinculación del género femenino con la lectura, el Realismo confeccionó la imagen de una mujer romántica que proyectaba su vida de forma irracional y obsesiva en los personajes de los libros que leía. Así, detalla los dos modelos de lectora que cobraron vida en las novelas. Por una parte, las protagonistas que recuperan la razón a cambio de renunciar a sus ideales y a su independencia, como Catherine Morland de *La abadía de Northanger* (1817), Tristana de *Tristana* (1892) o Feita de *Memorias de un solterón* (1896). Por otra parte, los personajes principales que, igual que don Quijote, pierden la cordura sin ningún tipo de posibilidad de conversión, como Elvira de *El doncel de Don Enrique el Doliente* (1834), Emma de *Madame Bovary* (1857), Isidora Rufete de *La desheredada* (1881), María de *Marta y María* (1883), Ana Ozores de *La Regenta* (1884-1885) o Lina Mascareñas de *Dulce sueño* (1911).

Dicho todo esto, debe tenerse en cuenta también que *La mujer lectora: el mito del siglo XIX* consta de un extenso repertorio bibliográfico en el que se incluye, además de los textos decimonónicos revisados y de las fuentes secundarias empleadas, un apartado específico con diversas investigaciones de expertos que permiten a los lectores interesados profundizar en la materia.

En suma, nos encontramos ante un trabajo interdisciplinar, elaborado con solvencia y maestría, que se torna imprescindible para la difusión y la mejor comprensión de la mentalidad del siglo XIX. Confiamos, por ello, en que sea la antesala de la publicación de otros estudios que ensanchen nuestro conocimiento acerca de la figura mítica en la que se acabó convirtiendo la mujer lectora.

María González Díaz
Universidad Autónoma de Madrid